

LA HABANA VISTA POR UN TURISTA CUBANO.

Por Alejo Carpentier.

III

Arte popular habanero.—

HABEIS visto ya la plaza de la Catedral y los palacios municipales habaneros, tan inteligentemente liberados de su "repello" criminal; habéis coleccionado imágenes de viejos balcones o patios umbrosos en La Habana antigua; habéis visitado edificios históricos o suntuarios, culminando el necesario e insustituible itinerario del turista... Ha llegado el momento, para el

visitante, de echar a andar por barrios, calles y plazoletas, emprendiendo el descubrimiento de la ciudad por cuenta propia.

—Es que fuera de las piezas conocidas y catalogadas, no existe cosa alguna que ver—responderá un escéptico—. No es como en Europa, donde, en cualquier esquina, se tropieza uno con una estatua antigua, una fuente preciosa, un bajorrelieve interesante..."

Algo cierto hay en ello; pero la objeción no entraña una verdad absoluta... La escuela poética más rica y fecunda de nuestros

tiempos, la del "superrealismo", ha sentado una verdad que ha modificado en cierto modo la óptica del viajero moderno. Y es ésta: "En lo que el hombre crea no sólo lo artístico es bello". O sea, que un objeto humilde, una obra de artesanía popular, un exvoto enternecedor, un juguete, hechos sin pretensiones artísticas, pueden estar cargados de un fluido poético más valioso que la estética fallida de una creación malograda.

Al instalar el nuevo Museo del Hombre, de París, del que es director actualmente uno de los más

grandes etnógrafos de los tiempos modernos, Georges Henri Riviere, nos explicaba cierta vez a qué se debía el encanto y la variedad de las colecciones expuestas en sus vitrinas:

—Cada vez que puedo dar consejos a un etnógrafo novato le digo ante todo: "Desconfía de lo artístico, porque no siempre es revelador del carácter popular...". Por ello, en mi museo, verán ustedes que al lado de la pieza arqueológica, de la creación valiosa, incluyo el objeto casero, la litografía ingenua, el fruto de alguna

industria arrabalera... Es indiscutible que dentro de trescientos años, una lata de sardinas, con tapa iluminada, será documento tan importante para el hombre que quiera estudiar nuestra época como un cuadro cubista...

Hoy es indiscutible que el concepto de los poetas suprarrealistas, paralelo del precepto de Georges Henri Riviere, forma parte del bagaje intelectual de todo viajero enterado. Ese viajero no ignora que una de las primeras cosas que deben visitarse en una ciudad es el mercado—lugar en que florecen siempre manifestaciones humildes de arte popular. Además, el mercado es el lugar de contrastes, y el contraste es el máximo generador de imágenes poéticas.

Desde hace muchos años, los viajeros europeos y americanos han aprendido a sentir lo popular. Hoy, los barquitos contruidos dentro de botellas lacradas por marineros ociosos (cosa que se vendía en los puertos de Bretaña por unos francos) se han vuelto el adorno obligado de todos los estudios de París. Se paga muy caro por tales objetos—que son, además, absolutamente encantadores... Las fachadas de las pulquerías, en México, consideradas antaño como mamarrachos pictóricos, han sido el objeto de estudios, artículos y folletos... Lo mismo ha ocurrido con las tallas pueblerinas, objetos policromados, frescos arrabaleros, muestras de tiendas, tablas pintadas, etc., que se nos revelan a veces como verdaderas obras maestras de ingenuidad, cuya enseñanza no despreciaron los pintores modernos... Porque ¿qué sería de maestros contemporáneos como Dufy o Chagall, si no hubiesen tenido, en tan alto grado, el sentido del arte popular—casi podríamos decir *populachero*?...

Pues bien: en La Habana, ese arte popular o populachero se nos hace tangible a cada paso. La técnica de los barcos contruidos en botellas existe... También existen tallas en madera y bajorrelieves admirables, de varios metros de ancho. Y también, a condición de desechar pinturas falsamente eruditas, hay pinturas murales superiores a las que los turistas cazan con sus cámaras en los puertos mediterráneos... Y no hablemos de los altares cándidos, que están floreciendo actualmente en ciertos barrios, con una prodigalidad increíble...



Y prueba de que no me dejo entusiasmar por piezas más o menos desprovistas de interés, es esta frase que he oído ya múltiples veces, al detenerme ante una pintura popular o bajorrelieve:

—Esto lo retrataron unos americanos la semana pasada.

“El Carretón de Oquendo”.—

Una de las creaciones capitales del arte popular habanero es, sin duda alguna, esa obra encantadora y anónima que señalaremos con el nombre de “Carretón de Oquendo”.

Se trata de un altorrelieve, de unos tres metros de ancho, que

por singular ironía adorna la cornisa de un garaje—local que debió albergar antaño un tren de carretones—. Una orla finísima, un tanto barroca, le sirve de marco, aislándolo del cielo, sobre el que se destaca en juego de sombras y superficies claras.

Dos mulitas, deliciosamente enjaezadas, tiran del carretón. Por la exactitud de su representación, el modelado delicado de las cabezas, la finura de los detalles, esas mulitas evocan en mi mente la imagen de los borricos de cascos ligeros, tradicionales y dóciles, que llenan las calles de Toledo y completan, necesariamente, todo paisaje de Castilla. Ninguna torpeza en el dibujo o colocación de las figuras nos permite sonreír ante la técnica segura del artesano anónimo que las creó... Un solo detalle ingenuo: por la parte trasera del carretón, asoma un pie del carretonero, haciendo tangible una presencia humana en el conjunto.

Con un cerdo tallado en madera negra que he visto en Regla; con el caballo blanco, de tamaño natural, que se yergue misteriosamente en la campiña a un kilómetro del Lucero, el “carretón de Oquendo” constituye una de las más perfectas muestras de escultura popular que me haya sido posible admirar en La Habana.

Pinturas populares.—

Las pinturas murales se ven favorecidas en La Habana por tres géneros de comercios: cafés, pollerías y bodegas... Pero es curioso observar que mientras los cafés recurren a este género de ornamentación para embellecer sus interiores (¡y cuántas pinturas murales florecen a lo largo

de la Calzada del Cerro y en los alrededores de la Plaza de la Fraternidad!), las bodegas y pollerías prefieren habitualmente lo que llamaría mi amigo Alfaro Siqueiros: “la decoración mural exterior”.

La bodega Tarzán y la bodega King-Kong, en Regla, cuyas fachadas aparecen adornadas con pinturas ejecutadas visiblemente por el mismo pintor, realizan en cierto modo una ornamentación lógica y publicitaria: la pintura es complemento y extensión del título. En muchas bodegas ocurre lo mismo... Pero mucho más misterioso es para mí el hecho de que los dueños de pollerías tengan tal afición por las artes plásticas. En Marianao, en La Habana, es raro observar un comercio de esta índole que no presente ornamentaciones policromas en sus fachadas. Tal vez porque se dedican a la venta de animales que, en todos los tiempos, han provocado el humorismo de los dibujantes—llegándose a su máxima representación caricatural en los cartones animados del incomparable Walt Disney...

Hay, cerca de la calle Trocadero, una pollería que ostenta esta increíble ornamentación humorística: un gallo llama por teléfono a una gallina, diciéndole:

—¡Pon!... ¡Que acaban de encargarme dos docenas!...

Y en el Mercado Unico, este maravilloso contraste: sobre una construcción de rejas, en que se hacinan las aves como los habitantes de un rascacielos neoyorquino, un letrero que sirve de muestra al establecimiento:

“El Escorial”

¿Se habrá elegido este título metafóricamente, pensándose que el monasterio desde el cual rigió Felipe II el más vasto imperio del mundo... ha sido construido en forma de parrilla?...

Barcos en miniatura.—

Os dije, un poco antes, que entre las piezas más solicitadas por los aficionados al arte popular, debían citarse los barcos en miniatura. Y se explica, porque estos objetos contienen un innegable potencial poético. Han venido a situarse en los interiores europeos junto a los mapas antiguos y las páginas de antifonarios transformadas en pantallas de pergamino. Constituyen el objeto de evocación marina por excelencia, como esas caracolas en cuya comba resueñan, eternamente, rumores de ola...

Sin que esta industria se haya explotado entre nosotros, es indiscutible que existe—aunque ig-

3

noren sus artesanos oscuros que con ello podrían extraer más de un dólar a la escarcela de los turistas americanos... Prueba de que existe es el hecho de que más de un café o bodega de Regla y Casablanca poseen lindísimos ejemplares de estos barcos.

Uno de los mejores se encuentra en el interior de la bodega Tarzán, en Regla. Es una reproducción exacta del *Manuel Arnús* (bautizado actualmente *Manuel Azaña*), de unos setenta centímetros de largo. No le falta un tragaluz, un detalle en la arquitectura de los puentes. Y, colocado en una caja de vidrio, boga sobre encrespadas olas de algodón verde, hacia rumbos desconocidos...

En Casablanca, sobre una puerta cerrada, se yergue, en altorrelieve, un precioso velero de madera pintada, cuya orla historiada contiene un cándido saludo "de los marineros a su patrona"...

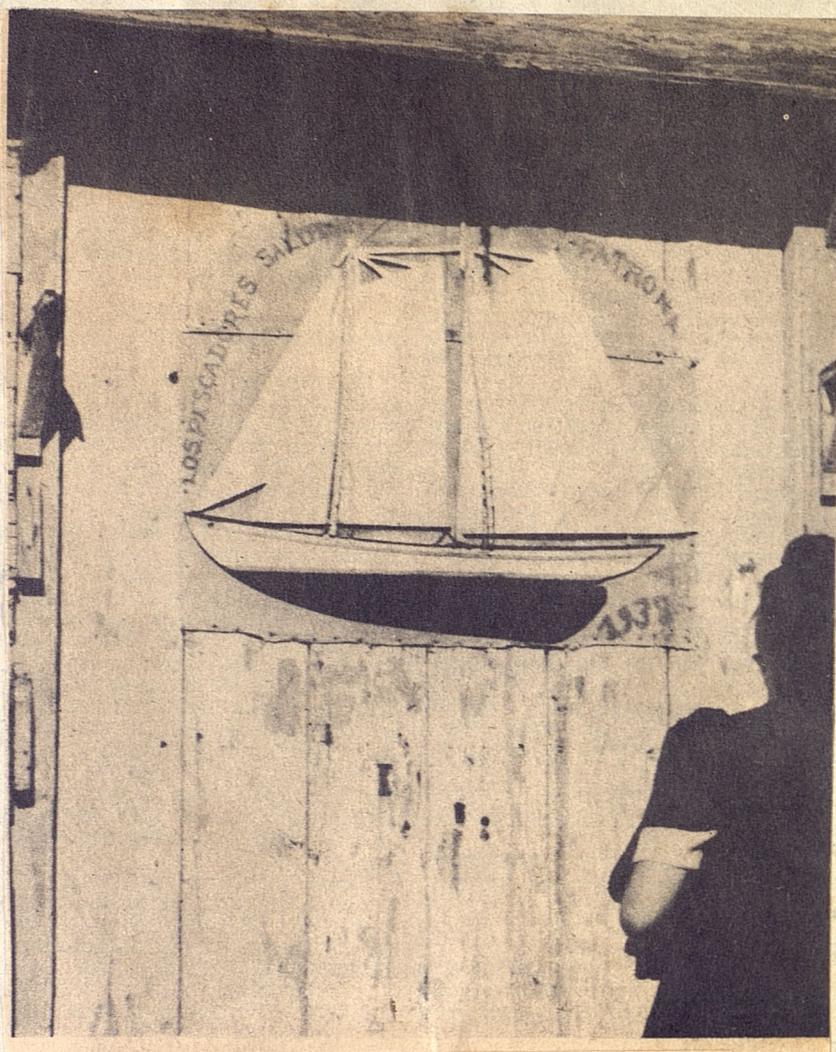
En Europa, este velero habría dejado de existir hace mucho tiempo... encontrándose en la vitrina de algún comerciante especializado en obras de arte popular. Otro tanto ocurriría con el *Manuel Arnús*—¡perdón, *Manuel Azaña!*

Castells, nov 15/39



4

f

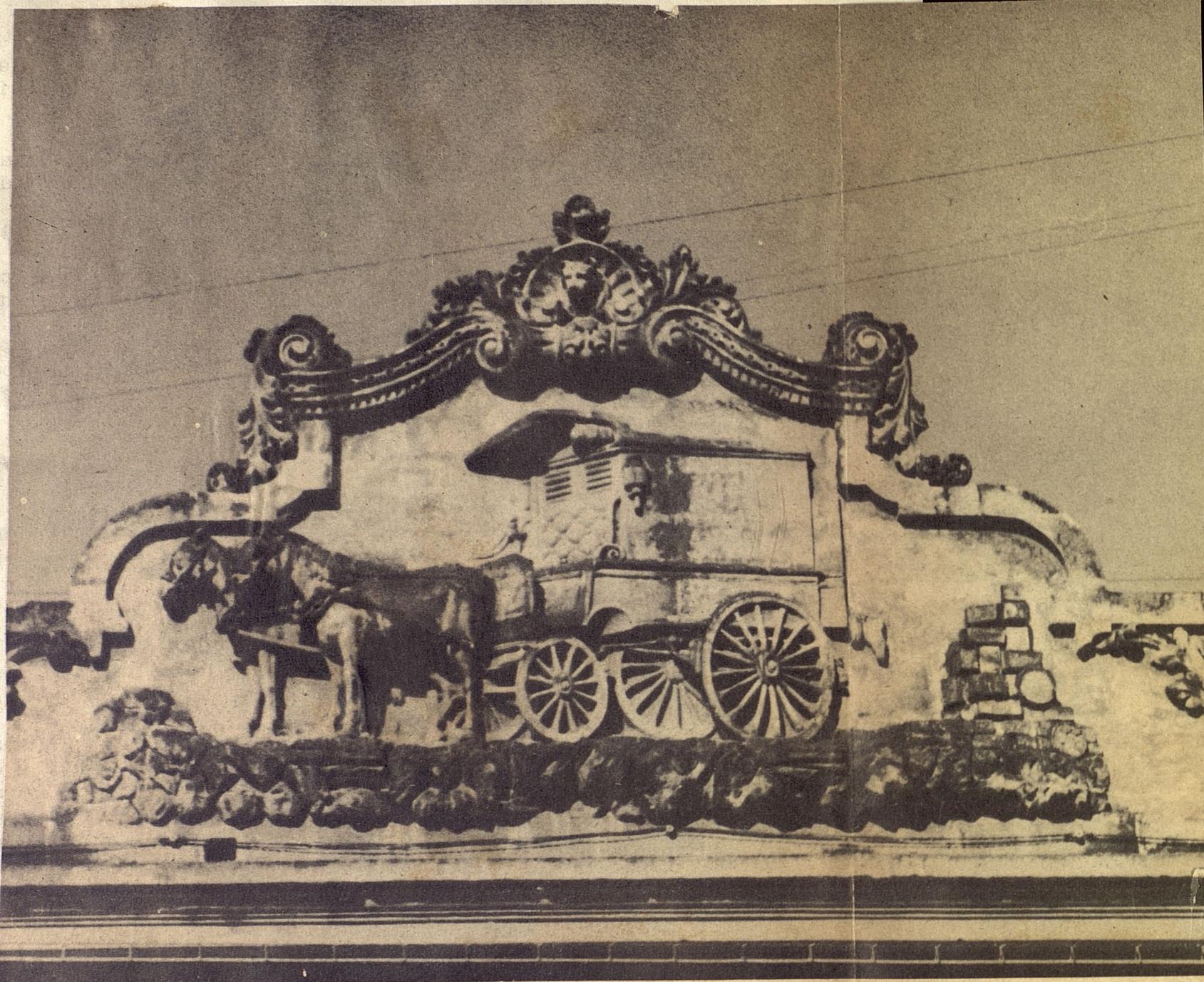


Homenaje de los marinos a su patrona.



DOCUMENTAL

1



El carretón de Oquendo.

fotos Acosta

Carteles, nov 5/39